

«El sacerdote. Mis días se han desvanecido como el humo, y hanse convertido mis huesos en polvo.»

»El coro. Mis días han declinado como la sombra.

—¿Qué es la vida? un leve vapor.

—Mis días han declinado como la sombra.

—Los muertos duermen en el polvo.

—Ellos resucitarán, unos en la eterna gloria, otros en el sempiterno oprobio.

—Todos resucitarán, mas no como antes.

—Resucitarán.»

A la comunión de la misa, dice el sacerdote: «Dichosos aquellos que mueren en el Señor; descansan desde ahora de sus trabajos, porque sus buenas obras les siguen.»

Al levantar el ataúd se entona el salmo de los dolores y de las esperanzas: «Señor, yo clamo á tí del fondo del abismo; ¡lleguen á tí mis clamores!»

Al llevar el cadáver á la sepultura, se vuelve á empezar el diálogo: *Qui dormiunt*: «duermen en el polvo.—Resucitarán.»

Si el entierro es de un sacerdote, se añade: «Una víctima se ha inmolado con gozo en el tabernáculo del Señor.»

Al colocar el cuerpo en el hoyo: «Devolvemos la tierra á la tierra, la ceniza á la ceniza, el polvo al polvo.»

En fin, al tiempo de echar la tierra sobre él, exclama el sacerdote con las palabras del Apocalipsis: *Oyóse una voz del cielo que decía: ¡bienaventurados los muertos!*

Empero, no son estas grandes oraciones las únicas que ofrece la Iglesia por los difuntos; que si tiene coronas de flores para el féretro de los niños, y velos tan puros como su inocencia, usa tambien de oraciones análogas á la edad y al sexo de la víctima. Cuando cuatro doncellas, vestidas de lino y adornadas de guirnalda de flores, llevan el cadáver de una compañera á una nave colgada de cortinas blancas, canta el sacerdote en alta voz sobre las cenizas de la doncella un himno á la virginidad. Unas veces es el cántico *Ave maris stellas*, lleno de lozanía, y en que se representa la hora de la muerte como el cumplimiento de la esperanza; otras, reproduce imágenes tiernas y poéticas sacadas de la Escritura: «Pasó como el heno de los campos; por la mañana florecía en toda su gracia, y por la tarde la vimos secarse. ¿No es esta la flor que herida por la reja del arado se marchita, la amapola que inclina su cabeza, abatida por la lluvia de una tempestad? *Pluvia cum forte gravantur.*»

¿Y qué diremos de la oración fúnebre que pronuncia el sacerdote en la muerte de un niño, cuyo féretro le presenta su madre anegada en lágrimas? Entona el himno que los tres niños hebreos cantaban en el horno, y repite la Iglesia al amanecer del domingo: *Benedigan al Señor todas sus obras!* La Religión bendice á Dios porque ha coronado al infante por medio de la muerte, y librándole de los pesares de la vida; convida á toda la naturaleza á que se regocije alrededor de la tumba de la inocencia, y hace resonar, no ya cánticos de dolor, sino voces de júbilo y alegría. Animada del mismo espíritu, canta el *Laudate, pueri, Dominum*, y lo termina con aquel versículo: *Qui habitare facit sterilem in domo: matrem filiorum latantem.* «El Señor que hace fecunda una casa estéril, y que la madre se regocije en sus hijos...» ¡Qué cántico para los afligidos padres! La Iglesia les muestra al hijo que acaban de perder, viviendo en la mansión de la bienaventuranza, y les promete otros hijos en la tierra.

Por último, no satisfecha la Religión con estos desvelos prodigados á cada individuo, ha coronado las cosas de la otra vida con una ceremonia general, en que reúne la memoria de los innumerables habitantes del sepulcro: inmensa comunidad de muertos, en que el grande está al lado del pequeño; república de perfecta igualdad, en donde no se entra sin quitarse el casco

ó la corona, para pasar por la baja y humilde puerta del sepulcro. En el día solemne en que se celebran los funerales de la familia entera de Adam, el alma mezcla sus dolores por los antiguos muertos, con las penas que siente por los amigos recién perdidos. Revístese el pensar, por medio de esta unión, de cierta hermosura inefable, así como un nuevo dolor adquiere el carácter antiguo, cuando el que le expresa ha formado su genio en las antiguas tragedias de Homero. Solo la Religión es capaz de ensanchar el corazón humano de tal modo que pueda contener tantos suspiros y afectos, cuantos son los finados cuya memoria debe honrar.

## LIBRO SEGUNDO.

### Sepulcros.

#### CAPITULO PRIMERO.

##### SEPULCROS ANTIGUOS.

###### El Egipto.

Muy tristes serian los últimos obsequios tributados á los hombres, una vez despojados del sello de la Religión. Admirable cosa es que la voz de la esperanza se levante del fondo de la tumba, y que el sacerdote del Dios vivo custodie en ella las cenizas del hombre: lo cual representa en cierto modo la inmortalidad, marchando al frente de la muerte.

Los funerales nos conducen á hablar de los sepulcros, que tan gran lugar ocupan en la historia humana. Y para que mejor apreciemos el culto con que los honran los cristianos, examinemos lo que eran en los pueblos idólatras.

Hay un país en la tierra, cuya celebridad procede en parte, de sus sepulcros. Atraído dos veces por la hermosura de sus ruinas y recuerdos, los franceses se han encaminado á esta región: el pueblo de San Luis siente interiormente cierto noble instinto que le obliga á mezclarse en las cosas grandes como él, en todos los ángulos del mundo. No obstante, ¿es cierto que unas momias sean objetos dignos de curiosidad? Parece que el antiguo Egipto temió que la posteridad ignorase algun día qué cosa era la muerte, y quiso que á pesar de los tiempos llegasen á ella algunas muestras de cadáveres.

Ni un solo paso puede darse en este país sin hallar un monumento. ¿Veis por ventura un obelisco? Es un sepulcro. ¿Los trozos de una columna? Son un sepulcro. ¿Un subterráneo? Es otro sepulcro. Y cuando la luna, levantándose por detrás de la Gran Pirámide, brilla sobre el vértice de aquel sepulcro inmenso, parece verse el faro de la muerte, y que se vaga sobre las orillas donde un día el barquero del infierno hacía pa sar las sombras.

#### CAPITULO II.

##### Los griegos y romanos.

Estos enterraban ordinariamente sus difuntos vulgares á la entrada de las ciudades, ó á largo de los caminos públicos, porque los sepulcros son los verdaderos monumentos del hombre viajero.

Esta especie de señales fúnebres, que anunciaban á lo lejos al navegante la costa y el escollo, le ofrecían sin duda un asunto de reflexiones harto graves ¡Oh! El mar debía parecerle un elemento seguro y fiel en aquellas playas donde la tormenta había roto tantas fortunas gigantes, y devorado tantas vidas ilustres. No lejos de la ciudad de Alejandro, descubriese el pequeño monton de arena levantando por la piedad de un li-

berto y de un veterano á los manes de Pompeyo; cerca de las ruinas de Cartago se veía sobre un peñasco la estatua armada consagrada á la memoria de Catón; en las costas de Italia, el mausoleo de Escipion señalaba el lugar donde este gran hombre murió en el destierro; y el sepulcro de Ciceron indicaba el paraje donde este padre de la patria fue indignamente asesinado.

Pero, en tanto que la fatal Roma erigia en las orillas del mar estos tristes monumentos de su injusticia, la Grecia, para consuelo de la humanidad, hermoseaba las mismas playas, con mas risueños recuerdos. Los discípulos de Platon y Pitágoras, dirigiéndose al Egipto, á donde iban á instruirse en las cosas divinas, pasaban delante de la isla de Io, á la vista del sepulcro de Homero. Era justo que el cantor de Aquiles descansase bajo la protección de Tetis; y podía suponerse que la sombra del poeta se complacía en narrar las desventuras de Ilión á las Nereidas, ó que, en las tranquilas noches de la Jonia, disputaba á las Sirenas el premio del canto.

#### CAPITULO III.

##### SEPULCROS MODERNOS.

###### La China y la Turquía.

Los chinos tienen una costumbre que respira ternura, pues entierran á sus parientes en los jardines. ¡Estan dulce oír en los bosques la voz de las sombras paternas, y conservar siempre en el desierto algunos recuerdos!

En la opuesta extremidad del Asia, tienen los turcos casi la misma costumbre. El Estrecho de los Dardanelos ofrece un espectáculo harto filosófico. Por un lado se levantan los promontorios de la Europa con todas sus ruinas, y por otro se dilatan las costas del Asia, cubiertas de cementerios islamitas. ¡Qué costumbres tan diversas animaron estos parajes! ¡Cuántos pueblos yacen allí, desde que la lira de Orfeo reunió en ellos los salvajes, hasta los días en que estas célebres comarcas volvieron á la barbarie! Pelagos, helenos, griegos meonios, pueblos de Ilión, de Sarpedon, de Eneas, habitantes de Ida, del Tmolos, del Meandro y del Pactolo, súbditos de Mitridates, esclavos de los Césares, romanos, vándalos, tribus de godos, de hunnos, francos y árabes, vosotros establecisteis en esas costas el culto de los sepulcros, y en esto solo fueron iguales vuestras costumbres. La muerte, burlándose á su arbitrio de las cosas y destinos humanos, ha prestado la tumba de un emperador romano á los despojos de un oscuro tártaro, y ha depositado en el sepulcro de un Platon las cenizas de un mollah.

#### CAPITULO IV.

##### La Caledonia ó antigua Escocia.

CUATRO piedras cubiertas de musgo señalan en las malezas de la Caledonia el sepulcro de los guerreros de Fingal. Pasaron Oscar y Malvina, pero nada ha mudado en su solitaria patria. El montañés de Escocia se complace aun en repetir las canciones de sus antepasados: aun es valiente, sensible y generoso; sus costumbres modernas son el agradable recuerdo de sus costumbres antiguas. No es ya la mano del bardo, permitasenos esta figura, la que se oye sobre el harpa, sino aquel leve rumor de las cuerdas producido por el contacto de una sombra, cuando anunciaba por la noche en una sala desierta la muerte de un héroe.

«Carril acompañaba su voz. Su música, llena de dulzura y de tristeza, se asemejaba al recuerdo de las pasadas alegrías, y las sombras de los bardos muertos la

oyeron en las laderas de Slimora. Extendiéronse débiles sonidos á lo largo de los bosques, y los silenciosos valles de la noche se recogieron. Así, en el silencio del medio día, cuando Osian está sentado en el valle, el murmullo de la abeja de la montaña llega á su oído; muchas veces el céfiro lleva á su paso el leve rumor; mas renaciendo de nuevo, vuelve á embelesar á Osian.»

El hombre, en la tierra, es semejante al ciego Osian, sentado sobre los sepulcros de los reyes de Morven: á do quiera que extienda la mano, toca las cenizas de sus padres.

#### CAPITULO V.

##### Otaíti.

CUANDO los navegantes surcaron por la primera vez el Océano Pacífico, solo vieron extenderse á lo lejos unas olas acariciadas continuamente por aromáticas brisas. Levantáronse luego del seno de la inmensidad muchas islas desconocidas. Unos bosquecillos de palmeras mezcladas de corpulentos árboles, cubrian las costas y bajaban hasta el mar formando un vasto anfiteatro; las azules cimas de las montañas coronaban magestuosamente estos bosques. Aquellas islas, rodeadas de un círculo de corales, parecían mecerse como unos bajeles anclados en medio de las mas tranquilas aguas: la ingeniosa antigüedad hubiera creído que Venus habia rodeado con su ceñidor aquellas nuevas Citeres, para defenderlas de las tempestades.

En medio de tan ignoradas espesuras, la naturaleza habia colocado un pueblo tan hermoso como el cielo que le habia visto nacer. El vestido de los otaitianos se reducía á un tejido de corteza de higuera; habitaban bajo techos contruidos con hojas de morera, sostenidos en pilares de olorosas maderas, y hacían volar sobre las ondas las canoas de velas de junco, banderolas, flores y plumas; tenían danzas y reuniones consagradas á los placeres, y no les eran desconocidas las canciones y escenas amorosas. Todo respiraba allí la mollicie de la vida, en días llenos de calma, y en noches cuyo silencio nada interrumpia; tenderse á la márgen de los arroyuelos, rivalizar en mollicie con las ondas, y andar con sombreros y mantos de hojas: tal era la existencia de los felices salvajes de Otaíti. Los cuidados que ocupan los penosos días de los demás hombres, no eran conocidos entre aquellos isleños, que vagando por los bosques encontraban la leche y el pan en las ramas de los árboles.

Tal se mostró Otaíti á los Coks y Bougainvilles; pero al acercarse á sus costas, distinguieron algunos monumentos de las artes, que se relacionaban con los de la naturaleza: los pilares de Morai. ¡Oh vanidad de los placeres humanos! El primer pabellon que se descubre sobre aquellas playas encantadoras es el de la muerte, que descuella sobre todas las felicidades terrenas.

Empero, no creamos que en esos lugares donde á primera vista solo se advierte una vida insensata, sean desconocidos los graves sentimientos, necesarios á todos los hombres. Tienen los otaitianos sus ritos religiosos y ceremonias fúnebres, como los demás pueblos, y creen que en la muerte se esconde un alto misterio. Cuando se lleva algun esclavo á Morai, todos huyen del paraje por donde ha de pasar, y el que dirige la comitiva pronuncia en voz baja algunas palabras al oído del difunto. Al llegar al sitio destinado para su reposo, no se entierra el cadáver, sino que se pone en una cuna suspendida, y se cubre su rostro con una canoa boca abajo, símbolo del naufragio de la vida. Algunas veces acude una mujer á llorar cerca de Morai; siéntase introduciendo sus piés dentro del mar, y bajando la cabeza, cubre su semblante con sus cabellos en desórden: las olas acompañan el canto de su dolor,

y su voz, al par de la de la tumba y la del Océano Pacífico, sube al trono del Omnipotente.

## CAPITULO VI.

## Sepulcros cristianos.

Al hablar del sepulcro en nuestra religion se eleva el tono, se fortifica la voz, y se conoce que él es el verdadero sepulcro del hombre. La tumba del idólatra solo nos habla de lo pasado, pero la del cristiano nos descubre el porvenir. El Cristianismo ha hecho siempre en todo lo mejor posible, y nunca ha tenido aquellos medios conceptos tan frecuentes en los demás cultos; así es que, despreciando las ideas intermedias relativas á determinados lugares y circunstancias, se distingue de las demás religiones por una costumbre sublime, colocando las cenizas de los fieles á la sombra de los templos del Señor, y depositando los muertos en el seno del Dios vivo.

Licurgo no temió establecer los sepulcros en medio de Lacedemonia, porque pensó, como nuestra religion, que las cenizas de los padres, lejos de abreviar los días de los hijos, prolongan realmente su existencia, y les enseñan la moderacion y la virtud, que conducen á los hombres á una venturosa vejez. Las razones humanas alegadas contra estas, de índole divina, están muy lejos de ser convincentes. ¿Se muere menos en Francia que en el resto de Europa, en qué los cementerios están aun en las ciudades?

Cuando en Francia se arrancaron los sepulcros á las iglesias, el pueblo, menos temeroso que ciertas gentes, y no teniendo los mismos motivos que ellas para temer el fin de su vida, se opuso á la alteracion de la antigua costumbre. Y en efecto, ¿qué ventajas tenían los nuevos cementerios sobre los antiguos? ¿Dónde estaban sus yedras, sus caducos tejidos, y sus céspedes alimentados desde tantos siglos con los bienes del sepulcro? ¿Podían acaso mostrar estos los huesos sagrados de los abuelos, el templo, la casa del médico espiritual, y todo aquel aparato de religion que prometía, y aun aseguraba, una próxima resurreccion? En lugar de esos cementerios frecuentados, se nos señaló en un arrabal alguna cerca solitaria, abandonada de los vivos y de todo recuerdo, y en donde la muerte, despojada de todo signo exterior de esperanza, parecia habia de ser eterna.

No se dude de ello: cuando se llega á tocar á estas bases fundamentales del edificio religioso y moral, vienen á tierra los reinos. Y si se hubieran contentado con mudar solamente el lugar de las sepulturas! Mas, no contentos con dar este primer golpe á las costumbres, desenterráronse las cenizas de nuestros padres, del mismo modo que el villano saca en su carro la basura de nuestras ciudades.

Reservado estaba á nuestro siglo el ver en Francia lo que los antiguos miraban como la mayor calamidad, como el último suplicio con que se castigaba á los malhechores: la dispersion de sus cenizas; y, lo que es mas, ver aplaudido este hecho como la gran conquista de la filosofia. ¿Qué delitos cometieron nuestros abuelos para que así se tratasen sus restos, sino el de haber engendrado unos hijos como nosotros? Pero escuchad el fin de todo esto, y vereis la crueldad de la sabiduría humana. En algunas ciudades de Francia se construyeron calabozos sobre los cementerios, fabricándose prisiones sobre el campo mismo en que Dios decretara el fin de toda esclavitud; se edificaron lugares de dolor para reemplazar las moradas en que deben terminar todas las penas; y por única semejanza, espantosa á la verdad, entre estas prisiones y aquellos cementerios se pronunciaron los juicios inicuos de los hombres en el sitio mismo en que Dios habia dictado las sentencias de su inviolable justicia.

## CAPITULO VII.

## Cementerios campestres.

Los antiguos no tuvieron unos lugares mas agradables para su sepultura que nuestros cementerios campestres. Los prados, los campos, las aguas, los bosques, formaban una alegre perspectiva, y unian sus imágenes sencillas con los sepulcros de los labradores. Era grato ver el corpulento tejo, que solo vejataba por su corteza, los manzanos del presbiterio, los álamos, los olmos que daban sombra á los muertos, y las cruces, símbolos de consuelo y gracia. No se oia allí sino el canto de los pajarillos y el rumor de las ovejas que rumiaban la yerba de la tumba de su antiguo pastor.

Las diferentes sendas que atravesaban la bendecida cerca, terminaban en la iglesia ó en la casa del cura para el pobre y el peregrino, que iban á orar al Dios de los milagros, ó á pedir el pan de la limosna al hombre del Evangelio, pues el indiferente ó el rico no pasaban sobre estos sepulcros.

No se leian allí otros epitafios que *Guillermo ó Pablo nació en tal año y murió en cual*; y en algunos no habia ningun nombre. Yace olvidado en la muerte el labrador cristiano, como los vejetales útiles entre que ha vivido: la naturaleza no graba el nombre de las encinas sobre sus troncos derribados en los bosques.

Sin embargo, recorriendo un día un cementerio campestre, leimos un epitafio latino sobre una piedra que anunciaba el sepulcro de un niño. Acerqueme para admirar la erudicion del cura de la aldea, y lei estas palabras del Evangelio:

*Sinite parvulos venire ad me.*

«Dejad que los párvulos se acerquen á mí.»

Los cementerios de la Suiza suelen hallarse sobre las rocas, dominando los lagos, los precipicios y los valles. El ciervo y el águila fijan allí su residencia, y la muerte crece sobre estos sitios escarpados como aquellas plantas de los Alpes, cuya raiz está sumergida bajo hielos perennes. El difunto aldeano de Glaris ó de San Gall, es llevado por su pastor á aquellos enhiestos lugares. La pompa fúnebre del entierro es la magestad de la naturaleza, y su música son los aires bucólicos que sobre las ásperas cumbres de los Alpes recuerdan al suizo desterrado su padre, su madre, sus hermanas, y los balidos de los ganados de su montaña.

La Italia ofrece al viajero sus catacumbas, ó el humilde sepulcro de un mártir en los jardines de Mecenas y de Lúculo. La Inglaterra viste de lana sus muertos, y siembra sus sepulcros de reseda: en estos cementerios, nuestros ojos han leído arrasados en lágrimas alguna vez un nombre francés entre los epitafios extranjeros. Pero hablemos ya de los sepulcros de la patria.

## CAPITULO VIII.

## Sepulcros en las iglesias.

Recordad por un instante los antiguos monasterios ó las catedrales góticas, cual un tiempo existían. Recordad su coro, sus naves oscuras, sus claustros que servían de asilo á los muertos, y aquellos santuarios llenos de sepulcros. En ese laberinto de tumbas, ¿cuáles excitan mas la atencion? ¿Son por ventura aquellos monumentos modernos recargados de figuras alegóricas, que abruman con sus helados mármoles unas cenizas no menos heladas? ¿Vanos simulacros, que parecen participar del doble letargo del sepulcro y del de los corazones mundanos que los han erigido! Aun así, casi nadie fija en ellos su vista; pero esta se detiene en

aquel sepulcro cubierto de polvo, sobre que está tendida la figura gótica de algun obispo, revestido de sus vestiduras pontificales, enlazadas las manos, y cerrados los ojos; detienese tambien en aquel monumento en que un clérigo, reclinado sobre el codo, y la cabeza apoyada en la mano, parece meditar en la muerte! El sueño del prelado y la actitud del sacerdote ofrecen algo de misterioso: el primero parece profundamente ocupado con lo que ve en los sueños de la tumba, y el segundo, un caminante que no quiere descansar enteramente. ¿Tan próximo está el momento en que debe despertar!

¿Y quién es aquella gran señora que allí yace, junto á su esposo? Uno y otro se muestran vestidos con toda la pompa gala; un cogin sostiene sus cabezas, tan pesadas con el sueño de la muerte, que han llegado á doblar su almohada de piedra: ¡dichosos esos esposos si no han tenido que hacerse en el tálamo de su fúnebre himeneo algunas penosas confidencias! En el fondo de aquella retirada capilla pueden verse cuatro escuderos de mármol, armados de piés á cabeza, enlazadas las manos, y de rodillas á los cuatro ángulos del sepulcro. ¿Es por ventura aquel Bayardo que reseataba á las doncellas para que se casasen? ¿Es acaso Beaumanois que bebía su propia sangre en el combate de los Treinta? ¿O es algun otro caballero el que allí duerme? Parece que estos escuderos, piden con fervor, porque á pesar de su arrojo, estos guerreros temían á Dios en el fondo de su corazón. Gritando *Montjoie et Saint Denis*, arrancaban la Francia á los ingleses, y hacían portentos de valor por la Iglesia, su dama y su rey. ¿No hay algo de maravilloso en aquellos tiempos de los Rolandos, de los Godofredos, y de los señores Couci y de Joinville, y en los de los moros, de los sarracenos y los reyes de Jerusalén y de Chipre? ¿En aquellos tiempos en que el Oriente y el Asia trocaban sus armas y costumbres con la Europa y el Occidente, y cuando, en fin, Tibaldo cantaba, y los trovadores se mezclaban con las armas, las danzas con la religion, y los torneos con los sitios y las batallas?

Maravillosos eran sin duda aquellos ya pasados tiempos. La Religion habia enseñado á los caballeros la vanidad de las cosas humanas cuando despues de una larga enumeracion de títulos pomposos, añadia: *Rogad por él, pobre pecador*. Hé aquí la nada.

Los sepulcros subterráneos reservábanse generalmente para los reyes y religiosos.

Si alguno queria alimentar su espíritu con útiles y graves pensamientos, érale preciso bajar á las bóvedas de los conventos, y contemplar aquellos solitarios sumidos en eterno sueño, y no menos tranquilos en sus fúnebres moradas, que sobre la tierra. ¿Sea profundo tu sueño bajo esas bóvedas, hombre de paz, que re-partiste tu herencia mortal á tus hermanos, y que, á semejanza de aquel héroe de la Grecia, que marchaba á la conquista de otro universo, no te reservaste sino la esperanza!

## CAPITULO IX.

## San Dionisio.

VEIANSE en otro tiempo, no lejos de Paris, las mas famosas sepulturas que han fabricado los hombres, y los extranjeros que iban en gran número á visitar las maravillas de San Dionisio, regresaban diciendo como San Gregorio: *En verdad, esta nacion es la mayor entre todas*. Pero levantóse un furioso huracan en derredor del palacio de la muerte; estrelláronse contra él las olas de los pueblos, y asombrados los hombres, se preguntan aun: *¿Cómo ha desaparecido el templo de AMMON bajo las arenas de los desiertos?*

No faltaba magestad al edificio gótico donde se reunían estos grandes vasallos de la muerte, porque los

tesoros de la Francia estaban á sus puertas; el Sena corria á la extremidad de su llanura; muchos parajes célebres llenaban á corta distancia todos aquellos sitios de hermosos nombres, y todos los campos de hermosos recuerdos; la ciudad de Henrique IV y de Luis el Grande, descollaba en las cercanías, y el panteon real de San Dionisio se hallaba en el centro de nuestro poder y de nuestro lujo, como un tesoro en que se arrojaban los despojos del tiempo, y la superabundancia de las grandezas del imperio francés.

Allí iban á sumergirse unos tras otros los reyes de Francia. El último que bajaba á aquellos abismos, quedaba en las escaleras del subterráneo, como para convidar á su posteridad á que descendiese. Sin embargo, Luis XIV esperó en vano á sus dos últimos hijos, pues el uno se precipitó al fondo de la bóveda dejando á su padre en el umbral, y el otro desapareció en una tempestad, como Edipo. ¿Cosa digna de eterna meditacion! El primer monarca que encontraron los enviados de la justicia divina fue aquel Luis, tan famoso por la obediencia que le tributaran las naciones. Todavía habitaba intacto su ataúd. En vano pareció levantarse para defender su trono con la magestad de su siglo, y una retaguardia de ocho siglos de reyes: en vano, su actitud amenazadora aterró los enemigos de los muertos, cuando precipitado á una huesa común, cayó sobre el seno de María de Médicis. ¡Todo fue aniquilado! El Señor habia jurado en su cólera castigar á la Francia. No busquemos sobre la tierra las causas de tales acontecimientos, porque es mas alto su origen.

En tiempo de Bossuet apenas podia depositarse en el panteon de aquellos príncipes anonadados el cuerpo de madama Enriqueta: *¡Tanto se han estrechado los sepulcros!* exclama el mas elocuente de los oradores. *¡Cuan prontamente llena la muerte estos nichos!* A vista de las edades, cuyas olas murmuran aun en aquellas concavidades, el espíritu cede al peso de los pensamientos que le agovian, y se extremece al contemplar tanta nada y tanta grandeza.

Cuando se buscan frases bastante magníficas para pintar lo que hay allí de mas elevado, se advierte que todo aquello exige los términos mas humildes para expresar cuanto hay de mas vil. Aquí, se abaten las sombras de las envejecidas bóvedas para confundirse con las de los antiguos sepulcros; allí una verja de hierro rodea inútilmente aquellos féretros, pues no puede defender á la muerte de los asaltos de los hombres. ¡Escuchad el sordo trabajo del gusano del sepulcro, que parece hilar las indestructibles redes de la muerte! Todo anuncia que se ha bajado al imperio de las ruinas; y al percibir cierto olor de antiguo polvo extendido por aquellos arcos fúnebres, parece se respiran, por decirlo así, las emanaciones de los tiempos que fueron.

¡Lectores cristianos! Perdonad las lágrimas que abrasan nuestros ojos, cuando vagamos entre esta familia de San Luis y Clovis. Si arrojando repentinamente la mortaja que los cubre, se levantarán esos monarcas en sus atahudes, y fijarán en nosotros sus ojos á la luz de la lámpara sepulcral! ¡Si! Vemos incorporarse esos espectros regios, los reconocemos y nos atrevemos á preguntar á estas magestades del sepulcro: *¡Pueblo real de fantasmas! decidnos: ¿Querriais ahora resucitar para ceñiros una corona? ¿Ambicionais el trono?.... Pero ¿por qué tan profundo silencio? ¿Por qué enmudeceis bajo esas bóvedas?* Sacudis las régias cabezas, y descendiende una nube de polvo; vuestros ojos tornan á cerrarse, y os reclináis otra vez lentamente en vuestros sepulcros!

¡Ah! ¡Si hubiéramos preguntado á esos muertos campestres, cuyas cenizas visitamos no há mucho, hubieran separado suavemente los céspedes de sus sepulturas, y saliendo de la tierra cual resplandecientes vapores, nos hubieran respondido: «Si Dios